

mejores de su época notable, al menos por ser única en su clase en Madrid, donde tan escaso anda este bonito género arquitectónico.

Hállase cubierto su interior con bóvedas á la manera gótica, y en el testero se ve un retablo plateado de varios cuerpos, con tres bajo-relieves, muchas columnitas y otros objetos.

Todas las tardes se abria la verja de esta capilla para que los fieles pudieran entrar, segun lo habia dejado dispuesto su fundador, y todas las tardes era visitada Santa Ana por los marqueses de Ariza, sus patronos, y por la viuda y sus hijos, pronunciando esta última fervorosas oraciones que, dichas entre lágrimas y sollozos, confortaban su ánimo para mejor soportar las pruebas que la esperaban al siguiente dia, y preciso es decirlo, no por eso hallaba el pan cotidiano, tan necesario á su sustento y al de sus pobres huerfanitos. Pero la fé de Joaquina no se enfriaba por eso, antes por el contrario, su celo y su fervor se aumentaba de dia en dia, porque una voz secreta la decia que solo de esa manera podia encontrar alivio á su mala suerte.

Una de las cosas que mas aquejaban al comprimido corazon de Joaquina, era la de no poder dar á su hijo una educacion conveniente y digna del apellido que llevaba, y su sentimiento subia de punto al contemplar las grandes disposiciones intelectuales de Antoñito. Desde la edad de ocho años manifestó este vivos deseos de aprender: pero como ni estas disposiciones podian ser fomentadas, ni menos dirigidas con órden y método, el pobre niño estudiaba en todo lo que la naturaleza le presentaba, y de esta suerte la iglesia de Santa María y la capilla de Santa Ana, vinieron á ser para él un libro, en cuyas páginas deletreaba una lengua enteramente desconocida para él.

Unas veces contemplaba desde fuera aquel antiquísimo edificio, en cuyo recinto se habia predicado por primera vez el Evangelio á los habitantes de Margerit; otras lo estudiaba en el momento en que en 1086, y en tiempo de Alonso IV, dejó de ser mezquita, purificándose y convirtiéndose en templo católico; otras, en fin, se la imaginaba cuajada de guerreos que, depositando sus plegarias á los piés de la Virgen, se disponian

á combatir contra las huestes toledanas; porque bueno es saber que á falta de libros y de maestros, nuestro Antoñito tenia costumbre de preguntar á todos, y si bien esta no es la manera mejor de conseguir conocimientos ordenados y metodizados, lo es por lo menos para conseguir gran número de ellos, para que hacinados en desórden dentro de un cerebro bien construido, adquieran mas tarde allí el órden y el método necesarios á la buena inteligencia. Por de pronto, y á falta de otra enseñanza, era todo lo que necesitaba nuestro madrileño; así es que los curas de aquella parroquia, los sacristanes, los monaguillos y los asistentes, todos se complacian en contestar á las preguntas del sagaz rapazuelo, cuya aficion al estudio traia á todos entusiasmados: verdad es que entre tantas noticias y pareceres le contaban sendos absurdos y disparates; pero lo cierto de ello es que el tal muchacho cada dia enriquecia su espíritu con algunas nuevas noticias, dispuestas, sin embargo, á pasar en su dia por el tupido tamiz de su discernimiento.

La capilla de Santa Ana, sobre todo, llamaba su atencion por ser la única muestra del género gótico que sus ojos habian visto; contemplaba aquella arquitectura áerea como el modelo de todas ellas, y parecíale la mas á propósito para elevar á los piés del altísimo las plegarias de los fieles. Si tales ideas sugieran á nuestro estudioso niño aquella débil muestra del arte gótico; si tan buenas y tan justas ideas producian en su blando cerebro, ¿qué de impresiones no hubiera experimentado si hubiera podido contemplar nuestras magníficas catedrales de Toledo, de Barcelona, de Búrgos, la de Oviedo, la de Reims ó la de París, que parecen colgados del firmamento por medio de cadenas invisibles?

Tan cierto es esto que el hombre deja de aprender muchas cosas por falta de ocasion.

La iglesia de Santa María, así en los tiempos antiguos como en los modernos, nunca ha tenido mas mérito que el de su remoto origen, y sin embargo, á su ordinaria forma, á su ridícula planta, á su ninguna arquitectura, y á su defectuosa y abigarrada ornamentacion, se debe acaso la existencia de un hombre

célebre; aquellos cuatro terrones, arrojados sobre el suelo del primitivo Madrid, casi al azar, fueron el preceptor elocuente, el ilustrado maestro que no tan solo abrió las puertas del entendimiento de aquel hombre, sino que le enriquecieron y disputaron á las grandes concepciones, que andando el tiempo habian de constituir su bien merecida celebridad.

Aquel niño estudioso, aquel ingénio en embrion, robustecido con las ideas que acerca de Madrid y de la iglesia de Santa María iba adquiriendo, llevaba su imaginacion hácia una época remota de la capital, admirándose de la diferencia que mediaba entre los tiempos de la conquista de D. Alonso y del moro Alit, con la estension que mas tarde fué adquiriendo. La cerca ó muralla de Madrid arrancaba por el Occidente desde el castillo del Alcázar, siguiendo por la puerta de la Vega, llamada *Albega*, cogia la casa del marqués de Malpica, bajaba á la calle de Segovia, continuando por la casa del duque del Infantado y de la iglesia de San Andrés, salia á la Puerta de Moros, continuaba por la Cava Baja, Puerta Cerrada (1), Cava de San Miguel y Puerta de Guadalajara (2); corria por entre las calles del Meson de Paños y la del Espejo, descendiendo hácia los Caños del Peral (3), seguia en derechura por la Puerta de Balnádú (4), real Biblioteca y huerta de la Priora, hasta unirse por la parte de Oriente con el Alcázar.

(1) Antes puerta de la Culebra por tener encima un dragon esculpido en piedra.

(2) Conservóse esta puerta hasta que se quemó con motivo de las muchas luces con que la mandó iluminar el corregidor D. Luis Gaitan, para celebrar la nueva conquista del reino de Portugal. Esta puerta estaba en la calle Mayor, cuyo frente de la entrada ó embocadura daba á la de Milanese y de Santiago. Muy suntuosa la puerta de Guadalajara, tenia á los lados dos grandes torres de fino pedernal con dos caballeros y dos gigantes corpulentos con bastones y coronas de laurel. Esta puerta fué destruida y reedificada varias veces, por lo cual mudaria de forma: así no es extraño que la presenten variada diversos autores: en cuanto á los adornos, tanto de este como de los demás no deben hacerse interpretaciones, porque los escultores de aquellos tiempos, caprichosos en estremo, pudieron muy bien hacerlo sin intencion alguna.

(3) Hoy teatro Real.

(4) Los historiadores de Madrid aseguran que significa *puerta que iba á los baños*. Los inteligentes en lengua arábica deducen que es puerta de las Atalayas, porque por allí se volvia al sitio donde estas estaban construidas. Formaba esta puerta un ancho murallon con un soberbio arco, con revueltas y ambajes, teniendo en su contorno 190 torres.

Aumentóse despues la poblacion de Madrid, y rompiendo las ligaduras que la sujetaban, edificáronse arrabales que mas tarde fueron parte de su recinto, ni mas ni menos que hoy acontece con la moderna poblacion de Chamberí. Formó parte de Madrid el poco antes arrabal de San Ginés, que en el siglo XII, era un campo erial y arenoso que mediaba entre Madrid y el monasterio de San Martin.

Era la puerta de la Vega un magnífico arco de pedernal fino, cuya muralla continuada tenia 12 piés de ancho.

La Puerta de Moros presentaba una entrada difícil con vueltas y rodeos, estrecha, de fuerte construccion, que seguia, como hemos dicho, hasta Puerta Cerrada, la cual tenia la misma conformidad; su entrada angosta y recta, formando un ángulo, internándose en el muro, yendo despues á salir á la parte interior; construccion que no permitia expiar desde la parte exterior.

Sujeta como todas las cosas humanas á las vicisitudes de los tiempos, este templo contó dias de esplendor, y tambien dias de abatimiento. Momentos hubo en que faltaron medios para alimentar la sagrada luz de las lámparas, y que á no ser por las prontas limosnas de los transeuntes, no hubiera sido posible celebrar las nueve festividades de la Virgen, y época hubo tambien en que monarcas y particulares se escedieron en suntuosos donativos á la *Morenita de la Almudena*, patrona de Madrid, como en aquellos tiempos se llamaba y á quien estaba dedicada. Su imágen está en el altar mayor, y si hemos de oir á la tradicion, diremos que fué hallada milagrosamente por los cristianos el mismo año de la conquista en un cubo cercano á la muralla, donde estuvo oculta durante la dominacionn de los sarracenos. De aquí parece venir el nombre de la *Almudena*, por haber sido hallada contigua al *almodin*, ó sea alhóndiga de los moros.

En esta abreviada iglesia adoraron reverentemente á María muchos reyes católicos y personajes, sobresaliendo su celo y magnanimidad el emperador Carlos V, quien antes de visitarla personalmente deseó ampliar y engrandecer el templo de su so-

berana. Se cree que en este tiempo pensó S. M. C. erigir en silla episcopal esta iglesia, consiguiendo la Bula del Pontífice Leon X, espedida en 25 de julio de 1518.

Años despues, el rey Felipe III, queriendo imitar el celo y devocion de sus antepasados, hizo reformar el templo, se doraron sus paredes, y hasta se cubrió el retablo del altar mayor de planchas de plata (1).

Todo esto lo sabia nuestro estudioso niño, y á fuerza de visitas y de indagaciones, llegó á conocer, como suele decirse, al dedillo, todos los pormenores de aquella fábrica; su historia, sus vicisitudes y las diversas trasformaciones de que habia sido objeto; sabia la vida de los santos que en todas épocas habian entrado en aquel templo; conocia una por una todas las presentallas del templo, y estaba al corriente de todos los milagros obrados por la intercesion de las imágenes que en su recinto se encerraban. Al oir tantos prodigios y tan estraños acontecimientos, se veia asomar á sus lábios una sonrisa de incredulidad, y las miradas de sus astutos ojos parecian revelar cierta sombra de duda, comunicada por el impulso nervioso que los tales relatos habian producido sobre su cerebro. Era un filósofo en miniatura, á quien el buen sentido iniciaba en ciertos principios nada erróneos, á quien esa misma potencia le guiaba en el camino de la reflexion, dando por resultado consecuencias y deducciones, cuya claridad hubo de dar no poco que hacer á nuestros sábios de la antigüedad. Sabia ya por una especie de intuicion que en la infancia de las naciones los hombres mas ilustrados, los mas instruidos, los mas experimentados, llegaron á alcanzar tal crédito y ascendiente sobre los pueblos, que estos admitieron gustosos las leyes que aquellos tuvieron á bien de imponerles, y hasta llegaron á considerarlos como otros tantos oráculos, como otros tantos seres sobre humanos. Y así era, en efecto: los sacerdotes en Egipto; los magos en la Persia; los bracmanes en el Indostan; los caldeos en Siria, y los filósofos en Grecia, fueron otros tantos personajes respetados de todos,

(1) Esta última mejora fué hecha á expensas de la villa de Madrid.

porque á todos era útil su ciencia; y la historia los señala como inventores de la mitología, de la religion, del culto y de la legislacion, que se establecieron en la mayor parte del mundo. Generalmente apreciados estos hombres, y aun ricamente subvencionados por los magnates y gobiernos, pudieron aplicarse con espacio á sus meditaciones, á sus cargos respetables y á las investigaciones útiles y provechosas para la sociedad, por informes y toscas que fuesen las primeras nociones en teología, en astronomía, en geometría, en medicina y en física: ellas, sin embargo, bastaban para el grado de civilizacion que entonces alcanzaba la sociedad: ellas sirvieron de base para que, redoblándose los estudios de los hombres y perfeccionándose el pensamiento, emprendiese mas tarde la rápida carrera de progreso que tan brillantes resultados ha dado en nuestro siglo.

De esta suerte la ciencia, los talentos, la industria y el artificio, elevaron á los sábios sobre los demás hombres, y los sacerdotes, únicos depositarios entonces de los conocimientos humanos, fueron considerados como los guias de los demás hombres y como sus directores; y de aquí el ser tenidos por intérpretes de los dioses; de aquí el postrarse ante ellos príncipes y pueblos.

Tal fué el origen de las ciencias y de las artes, y acumulándose de siglo en siglo los conocimientos humanos, han ido acercándose á la perfeccion y enriqueciéndose con nuevos adelantos. Los pueblos ignorantes fueron siempre curiosos, inquietos y supersticiosos, ha dicho un autor, y á fé que tiene razon; pues embelesados en la contemplacion de los astros, su vista miope solo descubrió en aquellos, sino otros tantos objetos de admiracion. Los sacerdotes observadores, ostentaron el secreto de leer los destinos de los hombres en los astros: de esta curiosidad nació la astronomía, que en sus comienzos fué tan solo la astrología judiciaria, ciencia falaz y engañosa que posteriores adelantos han designado el lugar que se merece. Para el hombre inesperto todo es milagro; así es que la medicina, la física, la alquimia, la botánica y otras ciencias, se vieron revestidas en

su cuna con el nombre de ciencias mágicas, anunciándose como el inmediato resultado del supuesto trato de los sacerdotes con los dioses. El gusto á lo maravilloso y sobrenatural engendró la poesía, la que, prestando sus galas, contribuyó en gran manera á exaltar lo imaginacion de los hombres hácia ciertos objetos, presentados como dignos de admiracion y respeto, y grabó, en fin, profundamente los espíritus, las nociones, los cuentos y las fábulas que se propuso inspirarles.

La moral de los primeros maestros de los pueblos fué una ciencia tenebrosa; á falta del verdadero conocimiento del hombre; á falta de medios con que escitarle á la virtud, alejándole del vicio, se echó mano de lo sobrenatural, y en vez de establecer las relaciones del hombre con respecto á las de otros hombres, estableciéronse con las potencias ocultas, por las cuales se suponía gobernado el mundo, y cuya benevolencia ó cólera se atraía. Y á todo esto se agregaron prácticas y ceremonias para los pueblos como capaces de conmovier á estas potencias sobrenaturales, ó de calmar sus venganzas.

De esto se desprende que las mitologías religiosas, establecidas en diferentes países de nuestro globo, representan la ciencia primitiva y tosca de la naturaleza y de los hombres, adornada por la poesía, consagrada por la religion y rodeada de misterios. Aun no había aparecido en el mundo una doctrina sencilla y racional que sirviera de guía á los primeros preceptores de las naciones, por lo cual estos trataron á sus discípulos como á unos niños á quienes era forzoso engañar y alucinar con cuentos, con narraciones absurdas y con prodigios. La claridad y la sencillez son los últimos esfuerzos de la sabiduría, y solamente propias de los hombres en su madurez. Los hombres, dice Tácito, se hallan siempre mas propensos á creer lo que no entienden, y las cosas oscuras y misteriosas tienen mas atractivo á sus ojos, que las claras y fáciles de comprender. Antes que Tácito, ya Eurípides había dicho que las tinieblas encierran cierta majestad, á lo que Lucrecio añadió, que los estúpidos admiran todo cuanto se oculta bajo un órden misterioso.

Conforme iba creciendo Antoñito, iban desenvolviéndose en

él nuevas disposiciones intelectuales, y de día en día se robustecía su imaginación y consolidaba su discernimiento.

Unas veces se estasiaba contemplando las delgadas columni-
tas, y los variados y dificultosos contornos del arte gótico re-
presentado en la capilla de Santa Ana; paraba otras recorriendo
el edificio todo; ora descifrando los intrincados letreros de una
urna cineraria; ora examinando los cuadros y las esculturas;
ora, por último, contemplando incrédulo un relicario, ó filo-
sofando en el interior de la bóveda: impresiones, todas, pro-
ducidas por aquellas antigüedades religiosas que exaltaban su
imaginación y le llenaban de dudas ante aquellas borradas tra-
diciones en piedra, aunque grabadas en la memoria de todos los
feligreses. Se encogía de hombros cuando le decían que San
Antonio predicaba á los peces, que le escuchaban con fervor
saliéndose fuera de las aguas por todo el tiempo del sermón, y
que habiéndosele prohibido predicar, hizo que sus oyentes le
escuchasen á seis leguas de distancia; cuando le contaban lo de
San Vicente Ferrer y el albañil, y cuando le decían que en el
Escorial estaba el cuerpo de uno de los niños que Herodes man-
dó degollar; no ocultaba su incredulidad cuando oía decir que
la virgen del Consuelo en Ciempozuelos, siendo de madera, ha-
bia agarrado de los pelos, en tiempo de Felipe IV, á un ladrón
que había intentado robar las alhajas que llevaba colgadas al
cuello; cuando leía que el Cristo llamado del Zapato, que tam-
bien era de madera, había soltado por tres veces un zapato de
plata, y meneado la cabeza, como probando que regalaba aque-
lla alhaja á un pobre hombre que le había pedido auxilios, y
que á pesar de este prodigio le quemaron los franceses en el
año 1808; en una palabra, nuestro Antoñito, aunque dotado de
la mas perfecta piedad, tenía el horror mas inflexible á todas
las creencias que no eran dogmas fundamentales, y que por lo
mismo no podían resistir al choque del raciocinio; creía falso
cuanto su discernimiento no le explicaba con claridad, y hasta
rechazaba la existencia del diablo, á pesar de que bajo mil for-
mas distintintas le veía representado todos los días.

Los marqueses de Ariza, hoy de Valmediano, eran entonces,

como hoy, los patronos de la gótica capilla de Santa Ana, y en casos de calamidad ó de rogativa, llevaban á aquel altar una preciosa efigie del Angel Custodio, escultada en plata maciza y que aun conserva. Allí se la daba culto con profusion de luces, hasta que desaparecia la calamidad ó hasta que se habia cumplido el voto de sus dueños. Habiendo llegado uno de estos casos, la linda imágen del Angel brillaba en el altar de la capilla, arrojando chispeantes reflejos sobre los muchos devotos que de continuo la visitaban.

Al anochecer de cierto dia se presentó la viuda, como de costumbre, á los piés del Angel de la Guarda, con el objeto de efectuar su diaria oracion; acompañábanla sus dos hijos: la madre y la hija estaban ya de rodillas con las manos cruzadas y la vista clavada en el altar, mientras Antoñito permanecia de pié examinando las ojivas de la capilla, ó contemplando el bonito ramo de lilas que como pobre ofrenda habia llevado y figuraba sobre la mesa del altar.

Cuando la viuda hubo concluido su oracion hizo señal á la niña para que se levantara, y mirando hácia el punto donde antes se habia colocado Antonio, echó de ver que ya no estaba: pero como aquel dia se habia detenido algo mas en la oracion, juzgó que, cansado su hijo de estar tanto tiempo en pié, se habria marchado á visitar, como de costumbre, aquella antigua iglesia, estudiando sus mas insignificantes pormenores. Levantóse, y haciendo una reverencia de despedida al altar, dió una vuelta por la iglesia en busca de su hijo; miró por todos los rincones donde otras veces le habia visto copiando un fragmento de escultura, ó traduciendo algun epitafio mortuorio; pero nada vió. Salió entonces acompañada de su hija y se encaminó á su casa, persuadida de que allí estaria Antonio, pero no fué así; y presintiendo alguna desgracia volvió á salir, se dirigió á la iglesia de Santa María, no sin haber recorrido antes la calle Mayor, la plazuela de Santa María, y haber llamado á su hijo por la reja que da á la bóveda y corresponde á la callejuela inmediata. Nadie la contestaba, entró entonces en la iglesia mirando veinte veces los mismos sitios; preguntó al sacristan, y este, que iba

á cerrar la puerta de la iglesia, la aconsejó que se marchara, pues dentro del templo no quedaba nadie.

Marchóse, en efecto, pero no sabia á dónde dirigir sus pasos, tal era el sobresalto que hacia palpar su afligido corazón; marchóse, y toda aquella noche la pasó yendo de un lado á otro, preguntando á todo el mundo y llorando, pero todo fué inútil; el niño no parecia, y toda aquella eterna noche la pasó la pobre señora en la mayor desesperacion y presa de las mas siniestras preocupaciones, llegó hasta dudar de la bondad de la efigie, á quien todas las tardes se encomendaba.

Cansado, efectivamente, Antonio de estar de pié al lado de su madre, y ambicionando hallar algo nuevo que observar, recorrió la iglesia y se sentó por allí como en un escabel de madera de los que sirven á los sacristanes para encender las velas colocadas á mayor altura; allí se quedó dormido, y como su traje era pardo, y por consiguiente muy semejante á las objetos que en aquel lugar le rodeaban, no le divisó el sacristan cuando armado de su linterna hizo la requisa y cerró todas las verjas de la capilla. Durmióse, en efecto, pero algunos pedazos de vidrio que cayeron sobre él, le despertaron de repente; estendió sus brazos, y á la luz de la luna que entraba por una de las ventanas, no tardó en enterarse del sitio en que estaba, si bien no comprendia, al oír que el reloj del Alcázar daba las doce, cómo habia él podido entrar en la iglesia á aquella hora tan avanzada: cogió los pedazos de vidrio que le habian despertado, y tan poco entendia de dónde pudieron provenir.

Quedóse contemplando con muda admiracion el imponente efecto que producía aquel templo solitario, donde en las altas horas de la noche reinaban las sombras y el silencio. Cual figuras fantasmagóricas pasaban por su cabeza los sucesos de varios siglos, señalados con su fria huella sobre la muros de aquel edificio. Recordaba las inciertas noticias sobre su fundacion, envueltas entre el polvo de las edades; se le representaba cuando tan solo era una mezquita sin altares, sin holocausto y sin incienso: veía á los sarracenos tristes y meditabundos presenciar la purificacion de aquel templo en tiempo de Alonso VI, y cuan-

do se hallaba sumergido en todas estas ideas, ya enteramente despierto, pensaba en el partido que debia tomar, otro ruido de cristales le hizo fijar su vista en la ventana de los camarines, comenzando á comprender algo en su tan estraña posicion.

Vió que un hombre habia roto los cristales de la ventana y que se disponia á entrar furtivamente en la iglesia, y entonces él, aguantando la respiracion, pero sin experimentar el menor temor, lo cual nada hubiera tenido de estraño que aconteciera á un hombre barbudo, se decidió á no perder de vista ninguno de los movimientos de aquel hombre.

Sabido es que un prisionero, por escasa luz que entre en su calabozo, llega á distinguir perfectamente los objetos que le rodean, porque su vista se habitúa á la luz que tiene, mientras que otro, entrando de repente en aquella pieza, no ve absolutamente nada. Pues esto mismo fué lo que aconteció con el hombre que se introducía en la iglesia de Santa María y nuestro sereno jóven; este podia perfectamente expiar todos los movimientos de aquel, mientras él todo tenia que hacerlo á tientas y confiado en el gran conocimiento topográfico que, como buen ladron, tenia de aquel terreno.

Si Antonio hubiera sido supersticioso, de seguro hubiera creído que todo aquello era efecto del diablo, que queria hacerse dueño de la casa del Señor; pero no era supersticioso, y al oír un ruido desconocido se guardó muy bien de atribuirle á una inversion del órden natural, á pesar del carácter misterioso que le prestaban la hora, el silencio y la oscuridad.

Colocó el ladron una escala de cuerda y consiguió pisar el pavimento de la iglesia: allí se paró un momento, como queriendo habituar su vista á la oscuridad del sitio, y poco despues marchó con decidida inteligencia del terreno hácia la capilla de Santa Ana; iba despacio como todo hombre que teme ser sorprendido, sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta y se dirigió derecho al altar, de donde cogió la imágen de plata que representaba al Angel de la Guarda. La dió un beso, no devocion religiosa como puede inferirse, sino en albricias de haber conseguido su criminal objeto: al presenciar aquel sacrilegio no

pudo ya contenerse Antonio, y con una presencia de espíritu, digna de un guerrero, hizo un movimiento de indignacion que hubo de producir algun ruido. Entonces el ladron, creyéndose vendido, sacó una navaja, y acaso el relucir aquella temible arma fué lo que de repente inspiró una idea feliz á nuestro jóven.

—¡Miserable! dijo con voz sonora y penetrante, que repercutando en las bóvedas del templo, adquiria cierto tono misterioso y sobrenatural, ¿que vas á hacer.

—¡Perdon, Dios mio! contestó el hombre asustado, y poniéndose de bruces en el suelo: ¡Virgen Santísima, tened misericordia de mí!

—¿Cómo te has atrevido, infame pecador, á poner tus sacrílegas manos sobre esa bendita imágen? continuó en el mismo tono Antonio, mucho mas tranquilo y recreándose en el aturdimiento de aquel hombre.

—¡Virgen Santísima, perdonadme! decia el ladron temblando como un azogado. ¡Soy un hombre de bien á quien el diablo ha tentado!

—Eres un tunante, eres un malvado; prepárate á rezar *cinco Padres nuestros y seis Avemarias*, y márchate.

—Así lo haré; pero antes quiero preguntar á Santa Ana, si siendo su autoridad tan grande, me permite que la deje sola en este altar, llevándome para adorarle en mi casa á esta efigie de de plata que para nada le sirve, sino para dividir con ella la santidad.

—¡Infame! ¿Cómo te atreves á proferir semejantes palabras? Una estátua de plata mandada hacer á toda costa y dedicada á mí por los virtuosos marqueses de Ariza. ¡Pues no faltaba mas! Has de saber que esa alhaja me ha sido regalada por haber salvado con mi intercesion á una hija de los marqueses, la cual estaba ya tísica en tercer grado y desahuciada de los médicos.

—Bonita es, por cierto, esta imágen; pero os ofrezco otra igual de madera, lo que creo será para vos indiferente.

—No hay tal, ¡infame sacrilego! y desde este momento pro-

hibo que tus manos toquen esa imágen; ¡déjala pronto en su lugar ó teme la cólera de Dios!

—Vos que sois tan rica; vos, Santísima Virgen, que derramais por todas partes vuestros beneficios, que disponeis de los tesoros de la tierra, ¡qué os importa el valor de esta efigie cuando con ella podiais hacer mi dicha!

—Escucha, dijo Antonio, cansado ya de tanta tenacidad y tanta educacion; voy á evitarte el que caigas en pecado mortal. Suelta esa efigie y haz un acto de contricion para alcanzar el perdon de tu culpa; cuando hayas concluido te enseñaré un sitio en que hay un tesoro, y tan luego como lo hayas adquirido no tendrás necesidad de robar, y mucho menos de ser ladrón sacrilego, que es el mayor de los crímenes.

—¡Un tesoro, Virgen Santa! exclamó el crédulo y codicioso ladrón; pues bien, haré cuanto me mandeis; desde luego comienzo el acto de contricion, y adquirido que haya ese tesoro prometo por mi vida ser hombre de bien.

—Tras la capilla de Montalban, que ves ahí á tu derecha, hay una puerta cerrada tan solo con un cerrojo, descórrele y abre la puerta.

—Bueno, pero ¿y el tesoro? dijo el ladrón como sintiendo dejar lo positivo por lo dudoso.

—Abre la puerta, te digo, baja unos veinte escalones que allí hallarás, y sigue andando hasta que yo te avise.

Estas palabras, pronunciadas con cierta entonacion de autoridad, infundieron respeto al ladrón, y obedeció, si bien iba repitiendo á cada momento:

—No veo el tesoro, no veo el tesoro.

A todo esto el ladrón habia dejado el ángel de plata en el suelo, y colocándole sobre el altar nuestro jóven, corrió á la puerta por donde habia salido el malhechor, añadiéndole estas palabras:

—Nada temas, sigue andando, que ya te hallas muy cerca del tesoro.

—En efecto, dijo aquel; gracias, Santísima Virgen, ya veo brillar una cosa, aunque á alguna distancia: ¿es el tesoro?

—Sí, ese es respondió el otro; acércate mas y cógele.

Mas no bien habia acabado Antonio de pronunciar estas palabras, cuando sonó el ruido de un cuerpo que cae en el agua; y este ruido dió á entender al jóven que su estratagema acababa de ser coronada del mejor éxito. El ladron, que iba en pos de un tesoro, acababa de caer en una cisterna construida en tiempo de los sarracenos; antigua piscina donde en lo antiguo se lavaban los lienzos impregnados del Santo óleo. Las aguas de aquel pozo, alimentadas por las del cielo, bajaban por una canal practicada en el grueso del muro, donde se recogian todas la del tejado, y entrando perpendiculares por allí los rayos de la luna, hicieron brillar el depósito, produciendo en la vista del ladron los efectos que acabamos de describir.

Al ver aquello el jóven D. Antonio Pons, pues tal era el personaje que hasta ahora nos ha entretenido, se agarró á la cuerda de una campana y empezó á tirar con fuerza: despertóse el campanero, y enterado del caso ayudó al libertador del sacrilegio á producir una alarma general.

Cundió el hecho por todo Madrid, y tomando bajo su proteccion los canónigos de Santa María al jóven madrileño, le ayudaron en su educacion, proporcionándole maestros, libros y dinero, y de esta suerte pudo la república de las letras orgullecerse de tener en su seno un erudito mas, un sábio, D. Antonio Pons.

Ahora voy á deciros algo de la descripcion de este templo: Habeis de saber que la parroquia de Santa María es la matriz, la que conserva la primacia entre las iglesias de esta córte, y sin la menor duda la mas antigua. En ella celebra sus funciones el Ayuntamiento, y dícese que despues de ser catedral pasó á ser de canónigos regulares. Es muy dudosa la época de su fundacion, pues hay quien la hace subir al tiempo de los romanos, asegurando, como ya hemos apuntado, ser la primera iglesia donde se predicó el Evangelio en Madrid; lo cual no es difícil de creer si atendemos á su fabulosa antigüedad.

Sirvió de mezquita durante la dominacion de los sarracenos, y fué purificada y consagrada en 1086 por el rey D. Alonso VI,

poco despues de haberse comenzado á reedificar los arruinados muros de Madrid, entonces plaza de armas donde se reunian los combatientes bajo la señal de la cruz para combatir á Toledo.

En varias ocasiones se trató de hacerla colegiata; pero nunca tuvo efecto, á pesar de que llegó á colocarse la primera piedra con asistencia del rey Felipe IV y de muchos personajes de la córte, habiéndose levantado una cruz en el sitio en que aquella se puso.

En el segundo cuerpo hay un cuadro de Alonso Cano que representa á San Isidro sacando á su hijo del pozo. Lo mas notable de esta parroquia, como ya hemos dicho, es la espaciosa capilla dedicada á Santa Ana por el caballero Bosmediano, y de la cual nos hemos ocupado ya. Aunque del mismo estilo, es inferior este altar al de la capilla del Obispo (en San Andrés); á pesar de lo cual seria muy sensible que desapareciese, por lo escaso que es Madrid de monumentos del tiempo á que pertenece. La decoracion de la puerta de la sacristía y la de una tribuna que hay encima, corresponden tambien al mismo estilo.

En 1777, con motivo de amenazar ruina, se dió comision á D. Ventura Rodriguez, el cual hizo cuanto pudo, afirmando el edificio, decorándole interiormente con florones y otros ornatos de buen gusto, y despojándolo de los ennegrecidos dorados que le afeaban. Entonces desapareció la antigua techumbre que cubria esta iglesia, en la que habia retratos de canónigos regulares y otras pinturas, algunas de las cuales eran apreciables. Entre las que al presente subsisten hay una de Jordan colocada en un altar cerca de la sacristía, que representa la Concepcion y el Padre Eterno. Para que todo fuese completo, ejecutó el mismo arquitecto Rodriguez los diseños de un retablo mayor y colaterales que no tuvieron efecto.

D. Ventura Rodriguez Tizon adornó últimamente esta iglesia con sobrepuestos y florones de bastante gusto, segun su estilo, en la capilla mayor y nave de en medio, desapareciendo los recargadísimos dorados ennegrecidos con el humo y el trascurso de los años, que contribuian á afearla estraordinariamente.

XIII.

RECUERDOS GLORIOSOS; LA BISABUELA.

—Contadnos mas, decia Luisita á su padre, que nos gusta mucho oír todas esas cosas. Y al hablar así, su aspecto infantil era seductor.

—Por hoy basta, hijas mías; tened un poco de paciencia, que tiempo hay de narraros otras historias no menos interesantes. Os prometo, sobre todo, contar la de la iglesia de Santa Cruz, donde vereis cosas maravillosas.

—¿Y cuándo será eso?

—Otro día.

—Bueno, pero que no se os olvide.

Pepillo callaba; mas en su interior estaba pensando lo oportunamente que habia sido castigado el ladron sacrilego y el modo cómo fué víctima de su insaciable codicia. Todo esto, unido al efecto que le habia producido el resto de la narracion, le traía asaz preocupado y pensativo.

D. Diego de Mendoza se retiró, porque aquel día debia salir de caza con unos amigos, y cuando se trataba de su diversion favorita, echaba todo lo demás á un lado.

D. Diego de Mendoza iba, pues, con frecuencia á cazar, distrayendo de esta suerte su imaginacion y procurando borrar de su memoria los muchos y crueles golpes que habia sufrido; las niñas crecian y se desarrollaban que era un primor; Casilda cuidaba de ambas, y Pepillo ayudaba á Gaspar en todas sus faenas y acompañaba á D. Diego en sus partidas de caza, en atencion á que tenia las piernas mas ágiles que el veterano.

María y Luisa se quedaron solas con Casilda, y de allí á poco entró Gaspar diciendo:

—¿No sabeis lo que ha ocurrido este último carnaval en Madrid?

—No por cierto, dijeron todas tres á la vez.

—Pues es una cosa magnífica.

—Cuéntalo, dijo Luisa.

—Es una cosa estupenda y nunca oida.

—Anda, Gasparito, cuéntalo, dijo con voz melosa la graciosa María.

—Es una cosa bien estraña; pero que es verdad porque ha sucedido, y tan portentosa como lo que hace años sucedió á cierto guardia de Corps en la calle del Caballero de Gracia.

—Cuéntalo, cuéntalo, dijeron á una voz las dos niñas.

—Bueno, lo contaré; pero habeis de estar muy quietas.

Hicieron todas tres corro en derredor de Gaspar, y éste comenzó su narracion del modo siguiente:

—Habeis de saber que este último carnaval hacia en Madrid un frio horroroso; frio que, á pesar de los rayos del sol, penetraba al través de la ropa cual si nada se llevase. De aquí podreis inferir qué tal lo pasarian todos los que por falta de metálico carecian de aquellos cuerpos intermedios entre el calor natural y el frio exterior. Muchos dias hacia que se corrian patines en el estanque del Buen-Retiro, el mismo que, convertido en inmenso teatro, reunió en tiempo del rey D. Felipe IV lo mas escogido de la sociedad matritense. El raro espectáculo de los patines, que raro es en Madrid, habia atraido en derredor de aquel estanque una gran concurrencia, porque en Madrid nunca falta gente para los espectáculos *gratis*. La mayor parte de los

actores que se arrojaban á aquella vasta y escurridiza arena eran extranjeros, habituados desde la infancia á esta clase de ejercicio en las heladas regiones donde nacieron. Allí era de ver una distinguida extranjera sufrir un horrendo batacazo, á pesar de su elegante *trenó*, causando general hilaridad en los espectadores y motivando no pocas zumbas: por un lado dos apuestos y almibarados mozalbetes, diestros en el arte de patinar, no lo eran lo bastante para evitar un encontron, y ambos caian sobre el hielo; por otro, unos cuantos madrileños, aficionados á imitar cuanto ven, y sin reparar en los peligros de su osadía, habíanse calzado los acerados hierros, y mas atrevidos que diestros, se lanzaron al terso cristal, pagando con sendos porrazos su instinto de imitacion.

Los pilones de las fuentes estaban duros y trasparentes, y de las figuras mitológicas que adornan las del Pradó, pendian lindos carámbanos, semejantes á otras tantas estalactitas: los arroyos de las calles estaban cuajados, y cuantos tenian necesidad de salir á la calle caminaban con miedo, porque al menor descuido daban con su humanidad en el suelo, y sabido es que en estos casos todos se rien menos el que se afana por levantarse. Los hielos habian seguido á una fuerte nevada, y con esto queda dicho cuál estaria el piso de la heróica villa. Era el lunes y el martes de carnestolendas: las calles principales estaban obstruidas con la mucha nieve.

Por una rara coincidencia de sucesos, coincidencia que suele presentarse á menudo, nunca la estacion de los placeres se habia presentado mas animada, nunca el carnaval habia sido mas bullicioso. Esto consistia en que prohibidas las máscaras en España desde el reinado de Carlos II, era necesario un soberano mas instruido que sus antecesores, y que rodeado de consejeros sábios y políticos, volvieran al pueblo una diversion que ilustra mas que perjudica. Nuestro gran rey D. Carlos III ha resucitado las máscaras, permitiendo que tomen formas mas adecuadas y festivas que las que hasta hoy han tenido. Menudeaban, pues, los bailes de máscara en la coronada villa, por la noche se cruzaban los disfrazados por las calles, no se hablaba sino

de trajes y de mascarillas: todo era bulla y algaraza, todo broma y divertimento. El invierno, que para el rico solo es una continuacion de variados goces, ó bien un agradable contraste con el verano, es para el pobre una série de gastos que no tiene en la estacion calurosa, y por consiguiente, un continuo sufrir: para las personas bien acomodadas puede decirse que el invierno es un escitante, mientras que para los pobres es un laxante. El invierno produce el hielo, que sirve para helar al pobre en enero y para refrescar al rico en julio.

Ya os he dicho que era la noche media entre el lunes y el martes de carnestolendas; noche terrible, sombría y horrorosa, sobre todo, para los seis personajes que van á figurar en este suceso, puesto que todos ellos habitaban juntos una humilde guardilla en la calle de Embajadores, y pertenecian á la clase de personas para quienes el invierno es un martirio.

Hallábase, pues, reunida toda la familia en torno de una copa de barro que servia de brasero; y disfrutando cada cual de la pequeña parte de calórico que le pudiera tocar, alargaba sus manos hácia el foco central, frotándoselas en seguida para mejor establecer la circulacion vital. Aquellos seis individuos, unidos por los vínculos de la sangre como por los de la miseria, llevaban en su rostro señales especiales de ambas circunstancias, pero cada cual las tenia diferentes según su edad y su carácter.

Pasemos revista á todos ellos.

Era el primero un hombre como de sesenta años, que parecia ser el cabeza de casa, y á quien los mas jóvenes de aquel círculo llamaban abuelo. Estaba sentado sobre una silla cuyas pajas descendian en monton por la parte inferior hasta casi tocar el suelo. Las abundantes canas de aquel hombre, que, aunque despeinadas eran de suyo lustrosas, se hallaban cubiertas de una vieja gorra de pelo semejante á las que gastan los muchachos que venden arena por las calles de Madrid; apoyaba su cabeza sobre ambas manos, guardaba completo silencio, y hasta parecia extraño á las diversas frases que se cruzaban sobre el brasero. Conociase á tiro de ballesta que aquel anciano, no tan

solo era presa de una profunda tristeza, sino que se hallaba ya en el triste período del infortunio que roba al hombre todas sus fuerzas morales. Y si alguien lo hubiera dudado, pronto se convenciera de la verdad al divisar las punzantes miradas que de vez en cuando lanzaban sus ojos, cuando teniéndolos casi siempre cerrados, los abría para dirigir una mirada rápida, misteriosa, tétrica y circular por todos y cada uno de los individuos que le rodeaban. Veíase en la frente de aquel hombre una horrenda cicatriz, que no siendo de nacimiento, revelaba en algun día la presencia de un cuerpo contundente. Esta cicatriz llevaba á la mente del observador esa reflexion sombría y desagradable que nos acomete cuando á la vista de una lesion semejante nos echamos á pensar los largos padecimientos que habrá experimentado aquella persona. Dos anchos y robustos bigotes medio rubios y medio canos imprimian sobre la fisonomia de aquel hombre cierto aire marcial que conserva siempre todo el que ha sido soldado; distintivo especial entre los de su clase. Un mugriento delantal de gruesa gamuza cubria sus piernas, y veíanse sobre una especie de basar apoyado en la pared las herramientas propias de un grabador, algunos frascos con agua fuerte y varias pelotas de cera; todo empolvado, súcio y descuidado. Sobre una mesa que estaba junto á la ventana de la guardilla se veían algunas planchas de cobre pulimentado, unas cuantas pruebas de grabado, varios buriles, un lente y otros objetos, que al primer golpe de vista revelaban la ocupacion del principal inquilino de aquella estrecha vivienda.

Junto á este individuo habia una mujer de la misma edad poco mas ó menos: tenia una fisonomía oval, que, rodeada de abundantes y bien peinadas canas, espresaba la mas angelical dulzura; las pupilas de sus ojos conservaban puro su primitivo azul á pesar de las borrascas y de los padeceres que la espresion melancólica de su mirar inquieto dejaban traslucir. Vagaba efectivamente su vista por el estrecho espacio de aquella habitacion, ora miraba á su marido, ora á sus tres hijos, que desdeñando el escaso calor del brasero, preferian jugar corriendo por la habitacion, ó parándose á veces con infantil delirio para escuchar

los estridentes chillidos que soltaban las máscaras por la calle, lo cual les alegraba á tal extremo, que gritaban como desesperados, soltando sendas risotadas, pero francas é inocentes como lo son las de la niñez, que ni conoce la locura ni la miseria.

Hallábanse, pues, los tres chiquillos lanzando al aire sus tremendos gritos de alegría y remedando perfectamente la algarabía de las máscaras que se dirigian á los bailes, cuando aquella hilaridad tan espontánea y natural, fué interrumpida por un grito del grabador, diciéndoles:

—¡Silencio, chiquillos del infierno!

Al oír esta lacónica, pero imponente frase, todos tres callaron, y mirándose unos á otros se acurrucaron en diferentes puntos.

—¿Por qué, Felipe, regañas así á las pobres criaturas? dijo con tímida voz la mujer de que ahora poco hablábamos.

—Porque esos malditos gritos me irritan los nervios, contestó Felipe.

Y no es de estrañar que así contestara, pues por mas que parezca una paradoja, es una verdad, aunque inesplicable, que hasta nuestros mas tiernos afectos se debilitan cuando nos vemos agobiados por la desgracia, y aquella misma algazara de los niños que en los buenos tiempos del grabador le hubieran agradao en extremo, y hasta hubiera hecho coro con ellos, en aquel dia de privaciones y de disgustos le irritaba los nervios. ¡Poder irresistible y desconocido del vil metal, que no contento con influir en nuestro exterior, en nuestras costumbres y en nuestros hábitos, se apodera impío del derecho de gobernar nuestros corazones!

—Además, añadió con voz ronca y amarga sonrisa: no les vendrá mal un poco de tristeza, con eso irán preparándose para la que mañana les espera.

—¿Con que, efectivamente, es mañana? dijo la mujer con voz temblorosa.

—Sí, Marta; mañana al medio dia vendrán el escribano y los alguaciles para despojarnos de estos cuatro trastos, y despues de vendidos judicialmente nos plantarán de patitas en la calle.